

México entre la tradición y la modernidad

Gendreau Maurer, Mónica

1997

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5175>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

MÉXICO ENTRE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD

MÓNICA GENDREAU*

En el presente trabajo pretendemos, en un primer momento, describir los rasgos fundamentales del proyecto iluminista de la razón abriendo la discusión en torno a lo moderno, modernidad, modernización y sus características, de manera que puedan servir de base para comprender la forma particular en que éstos se concretan en la realidad mexicana.

En segundo momento se mencionan algunas críticas del posmodernismo hacia la modernidad que consideramos rescatables, señalando la hipótesis básica de que, lejos de estar viviendo una era posmoderna, es necesario continuar el proyecto moderno en nuestras sociedades (Habermas, Giddens).

Por último, en el tercer apartado, con base en las herramientas conceptuales vertidas en los primeros, se hace un recorrido al proceso de modernización "a la mexicana", centrándonos en los diversos ritmos y maneras en que la modernización coexiste y se integra a la tradición en las culturas e identidades que conforman la nación mexicana. Enfocada la discusión en contra de la visión lineal y unidimensional del proceso de modernización, concluimos que en México se vive una forma particular de culturas tradicionales fortalecidas por la modernización en algunos aspectos de su realidad, pero conservando, en lo fundamental, una matriz de identidad tradicional. Es decir, proponemos que es posible "modernizar la tradición."

I. La Inauguración de una Época

La Ilustración puede caracterizarse como el catalizador para el desarrollo de una forma particular de pensamiento social. No repre-

* Universidad Iberoamericana, Golfo-Centro.

senta un conjunto de ideas demarcables. Sin embargo, la Ilustración presenta un marco de ideas originales en torno al hombre, la sociedad y la naturaleza que desafiaron las concepciones de su época arraigadas en una visión tradicional del mundo, dominada por el cristianismo, y que inauguran una época hoy conocida como moderna.

La Ilustración aborda el concepto de libertad correspondiente a un hombre autónomo; la consecución del pensamiento universal y la fundamentación de la verdad sustentada en la correspondencia entre las ideas y la realidad social y física; la creencia de que las ciencias naturales son el modelo para la construcción de cualquier forma de conocimiento; la acumulación sistemática de conocimiento y la intervención del hombre en su transformación. Por último, el surgimiento de la teoría social como una "física" social capaz de prever este desenvolvimiento histórico (May, 1996). Veamos algunas características del mundo moderno y del pensamiento social que intenta estudiarlo.

El Sueño Moderno de la Fundamentación y la Certeza

La modernidad está atravesada por el sueño cartesiano de la fundamentación: encontrar la piedra angular sobre la cual elevar el edificio sólido y transparente de la teoría, la ciencia, el saber objetivo y verdadero (Bernstein, 1985). Explicar racionalmente la existencia humana, que liga con la pretensión de tener la clave de la historia, de disponer del instrumental "científico" para construir una sociedad humana más justa, libre y racional. El proyecto ilustrado de la razón como herramienta para la construcción de una humanidad definitivamente liberada de toda superstición e ignorancia. La filosofía de la historia ha estado siempre detrás de este proyecto explicativo totalizador, que percibe el tiempo moderno con un principio y un final, donde el sujeto se reconcilia consigo mismo, como una constante en los grandes relatos de la modernidad (Lyotard, 1986).

La teoría social se desenvuelve entre defensores y detractores del proyecto de modernidad o de la Ilustración. Por un lado, encontramos quienes cuestionan las "confortables certezas" en que se basan las prácticas científicas modernas (Derridá, Foucault) y los que construyen firmemente sobre ellas (Empirismo y Positivismo Lógico). Asimismo, ubicamos entretegida la historia de la teoría

social donde figuran pensadores que ven en la modernidad una oportunidad (Comte, Marx y Durkheim) y aquéllos para los que ofrece una opinión ambivalente (Montesquieu, Weber y Simmel).

Gran parte de la teoría social inicial contrasta la tradición y la modernidad, encontrando ciertas “discontinuidades” en las instituciones sociales contemporáneas y sus efectos en la vida diaria, frente a órdenes sociales tradicionales que se presentan como poseyendo mayor estabilidad y continuidad (Giddens, 1990). Pueden delinearse tres características de la teoría ilustrada: a) un interés en la naturaleza del desarrollo social y los orígenes de lo social; b) la transformación de la historia y la filosofía en una “ciencia de la sociedad”; y c) el intento por descubrir causas racionales y empíricas para explicar los fenómenos sociales en lugar del razonamiento metafísico o teológico (Bottomore y Nisbet, 1979).

Características de la sociedad moderna: la mundialización capitalista

Si bien *moderno*, *modernidad* y *modernización* suelen ser empleados como sinónimos, conviene separarlos ya que modernismo se aplica a movimientos de vanguardia artístico-literarios. Esto es lo que Habermas define como “modernidad estética”, la cual arranca de Baudelaire para prolongarse en las vanguardias; habría que diferenciarlo del “proyecto de la modernidad” surgido en la Ilustración, caracterizado como la época cultural inaugurada por la separación de la razón sustantiva de la religión y la metafísica, en tres esferas autónomas: ciencia, moralidad y arte.

En este sentido *moderno* (*modernus*) ha estado referido a lo nuevo, por oposición a lo antiguo, cambiando su contenido en diferentes épocas y contextos sociales.

Al tratar de situar la modernidad en su tiempo y espacio precisos, sucede que hay una enorme imprecisión en ello. Por ejemplo, algunos autores sitúan la modernidad como fenómeno artístico literario o como filosófico-político, por lo que en el primer caso arrancaría con Baudelaire (1859-60) cobijando las vanguardias de principios de siglo: futurismo, surrealismo, ... hasta la última vanguardia en el arte pop de los sesenta, que algunos autores señalarían como el principio de la posmodernidad (Festherstone & Lash, 1996). En el caso del proyecto filosófico, la fecha corresponde a la Ilustración. Mientras que en, un tercer sentido, cuando la modernidad se entiende como opuesta a lo premoderno, a lo cerrado, a lo no cambiante

(sinónimo de la época oscurantista, feudal), la época moderna se abriría con el descubrimiento de América, con el inicio de la mundialización de un incipiente sistema mercantilista que deviene en producción industrial capitalista y termina en 1848 con el 18 Brumario (Wallerstein).

Para Marshall Berman (citado por Rodríguez Magda, 1989), que no acepta el término posmodernidad como caracterización del presente, el desarrollo de la modernidad abarca un tiempo mucho más amplio. Propone distinguir tres etapas: el surgimiento de la nueva sensibilidad moderna (comienzos del siglo XVI hasta fines del XVIII); desde la década revolucionaria de 1790 y que se extiende todo el siglo XIX; y la última, que abarcaría el siglo XX.

Otro autor que asimila el término moderno al "american way of life" de los años cuarenta, Talcott Parsons, señala que la sociedad moderna adquirió su conformación a partir del siglo XVII mediante tres procesos de cambio estructural revolucionario: La Revolución industrial, la Revolución democrática (Revolución francesa y subsiguientes) y la Revolución educativa (extensión de la educación formal a las poblaciones mayoristas de los estados "modernos").

Entonces, modernidad y modernismo se refieren al ámbito de la cultura y sus producción, mientras que la *modernización* se relaciona con una serie de estructuras y procesos materiales: políticos, económicos y sociales, que obedecen a una dinámica diferente.

La modernidad es vista por los pensadores sociales con ambivalencia, encontramos a la vez entusiastas y enemigos de la vida moderna, se reconoce y anuncian sus "promesas" y sus peligros, aunque normalmente se encuentran seducidos por su ritmo material innovador y acelerado. Es a partir del siglo XX cuando comienza a surgir una polarización radical, un enfrentamiento irreconciliable entre los defensores y detractores de la modernización.

En este sentido, "ser modernos es formar parte del universo en el que, como dijo Marx, 'todo lo sólido se desvanece en el aire'". Es una forma de hablar de un proceso de "mundialización" impulsada por Occidente, de colonización y de contacto, haciendo referencia a la vorágine del perpetuo cambio inducido por la modernización: descubrimientos científicos, industrialización, tecnología, crecimiento demográfico, nuevos sistemas de comunicación de masas, expansión del mercado capitalista mundial... Un dinamismo económico y cultural que exige un espíritu atento y crítico, creativo, en constante

interacción con su tiempo, dispuesto a remodelar perspectivas... (Rodríguez, Magda, p. 107).

El discurso moderno es un discurso crítico y su objetivo es, confiando en la razón, la posibilidad de crear un universo más vivible donde el avance del conocimiento implique una realización moral y un desarrollo democrático de la justicia social. Esta confianza en el conocimiento deja abierta la posibilidad del desarrollo de la teoría como camino abierto de racionalización, lo que explica la imbricada relación entre modernidad y teoría social contemporánea.

Habermas (1987), partiendo de que el proyecto de la modernidad se encuentra inconcluso, alberga las mayores esperanzas. Para él, cuanto más podamos desarrollar las tres esferas, cuya autonomía marca el comienzo de la modernidad: *la ciencia, la moralidad y el arte*, más avanzada será nuestra sociedad según el programa ilustrado. La razón instrumental ha de completarse con la razón comunicativa para frenar la colonización del mundo vital, su reificación, y adentrarnos en el logro de un progresivo incremento de la racionalización que promueva la emancipación de los individuos.

II. Las Críticas del Posmodernismo o el Retorno a la Modernidad inacabada

La modernidad misma, que no sigue un desarrollo unívoco ni lineal, conlleva el desencantamiento de la razón ilustrada y al descubrimiento de "lo otro" de la razón. Desde la perspectiva sociológica, resulta innegable que la modernidad se encuentra atravesada por una serie de fenómenos socioculturales que van a trastocar su proyecto. La razón misma es puesta en tela de juicio en su capacidad misma fundamentadora, habida cuenta de los "oscuros" condicionamientos que la rodean. De una potencia capaz de erigir un edificio teórico y social transparente, se pasa a una limitada facultad rodeada de oscuridades y trampas. Aparece "lo otro" de la razón.

En este sentido Nietzsche y Freud radicalizarán la sospecha frente al conocimiento y la razón que para ellos están llenos de falsas racionalizaciones. La luz de la razón brilla tenuemente en medio de un mundo oscuro, inconsciente, abismático: "la débil razón parece más un débil candil en manos de un miserable bordeando un precipicio, que la potente luz de mediodía soñando por los ilustrados... hay que empezar a desconfiar de la razón" (Lyotard, 1996).

Wittgenstein irá más adelante en este proceso desmitificador de la razón ilustrada: mostrará que siempre estamos pensando, conociendo, dentro de un lenguaje, en el que estamos apresados como una mosca en una botella. Es el mediador inevitable del pensamiento. Pero el lenguaje es algo más complejo que un conjunto de signos o un sistema lingüístico. *Es una forma de vida* (Citado por Giddens, 1989).

Las visiones globales del mundo y la realidad presentados como los grandes relatos o metanarraciones, detrás de su articulación lógica y sistemática, muestran la necesidad de un vínculo social para obtener unidad, cohesión social y sentido. Tras estos grandes relatos de la modernidad aparece el mito del progreso (Lyotard, 1986).

Precisamente Weber, uno de los más importantes estudiosos de la sociedad moderna, veía en ella elementos de enajenación en los procesos de productividad acelerada y de administración burocrática, en el predominio y colonización de más y más dimensiones personales y sociales por parte de la lógica racional de las relaciones comerciales y burocráticas. Weber intuyó el proceso dialéctico en la modernidad: se desencantaba el mundo religioso sacramental católico, pero se caracterizaba el trabajo y la ganancia capitalista.

Será Habermas (1987) el que señale que no se trata de despedirse de la modernidad, en cuanto que realizarla verdaderamente. Para este autor, en el mundo capitalista occidental se deberá dar un cambio drástico en los dinanismos de la sociedad moderna capitalista, pasando por la domesticación de la funcionalización de la razón, hasta el sometimiento de los sistemas productivo y político-burocrático a las exigencias de la razón comunicativa.

Sin entrar hasta las últimas consecuencias de la propuesta post-modernista que puede llegar a un relativismo absoluto de toda fundamentación para un conocimiento de lo social, vale la pena rescatar que el posmodernismo recupera otras dimensiones de la razón que habían quedado descalificadas por el proyecto iluminista. La verdad comienza a transitar más por los caminos de la logicidad y la pura racionalidad, por los de la universidad y unidad de la experiencia, la exploración, la tentativa. Aparece, entonces, el uso de lo simbólico, lo retórico, lo poético, lo lúdico, lo ritual y religioso (ibid.)

La posmodernidad, según Mardones (1996), se caracteriza por una serie de *de-construcciones* que podemos sintetizar brevemente de forma siguiente:

- Pérdida de fuerza de los grandes relatos e ideologías, es decir, de la gran utopía de la modernidad: el progreso.
- Pérdida de la perspectiva única e unívoca centrada en una visión “transparente” de la realidad, y situación en la diferencia cultural, en el espacio reducido del grupo y la comunidad.
- La especialización *ad infinitum* del conocimiento y su sectorialidad creciente que conduce, en el límite, a un conocimiento minúsculo y débil.
- La polaridad ideológica del mundo de la guerra fría ha sido sustituida por una inestabilidad generalizada, por un mundo pluricéntrico y una necesidad de identidad que favorece los movimientos nacionalistas y localistas.
- La política democrática del estado nacional se ve imposibilitada para resolver problemas como el desempleo, la creciente diferencia Norte/Sur, el empobrecimiento y exclusión de amplios sectores de la humanidad de ese “progreso” prometido. Se llega a los “límites” del desarrollo económico, acompañado de una des-politización de las masas.
- La crisis de la sociedad y aún civilización (burguesa) moderna, que no ha conquistado amplios sectores de la África Subsahariana, de las áreas rurales en América Latina o Asia, de las manchas marginadas de las grandes urbes capitalistas, y pone en serio riesgo el futuro de la humanidad ante el enorme, casi catastrófico, deterioro ambiental.

Para los posmodernos, la modernidad ha demostrado la imposibilidad de la utopía del progreso humano generalizado e igualitario. El malestar cultural de este fin de siglo se revela contra la triada del productivismo, el militarismo y el patriarcalismo en que se fundaron varios estados nacionales occidentales. Se precisa de un estilo de vida nuevo, de una nueva gramática de las relaciones (no explotadoras) con la naturaleza, entre todos los seres humanos, a la hora de dirimir dialógicamente sus conflictos, así como una aceptación igualitaria de los sexos y las razas en su diferencia (Habermas, 1987).

Ello presupone un cambio social y cultural, en orden a una vida menos mercantilista y consumista, más democrática y dialógica, donde las relaciones interpersonales se basen más en la confianza mutua que en la separación, el poder y la imposición (Giddens, 1994).

No todos los autores están de acuerdo en el fracaso y cancelación de la modernidad, y menos con una propuesta causi-normativa o superadora de la modernidad bajo el programa de la racionalidad posmoderna. Sin embargo, vale la pena conservar cierta conciencia lúcida posmoderna de que no existe una marcha hacia un cierto paraíso moderno montado en los dinamismos globalizadores del capitalismo fundado en la tecnociencia, la producción, el mercado o la organización política democrática (Featherstone & Lash, 1996).

Pero la crítica posmoderna no significa el retorno a la premodernidad. Existen verdaderas conquistas de la modernidad sobre las cuales puede construirse un mundo centrado en una razón no instrumental: la secularización de los procesos políticos y del conocimiento por parte del monopolio y control eclesiástico; la defensa de los derechos del hombre por encima de los del grupo, estamento u orden social; La reflexión en torno a la posmodernidad "ha dejado como producto, más una visión de los límites de la modernidad que de una percepción de época diferente y diferenciada de la modernidad..." (Gómez, 1997).

Coincido con Giddens (1994) al afirmar que, detrás del debate modernidad/posmodernidad, lo que se aborda realmente son los problemas de la modernidad. Veamos a continuación, la manera particular en que se manifiesta la modernidad en México y los procesos de modernización que dinamizan algunos sectores de la sociedad, pero que no la han homogeneizado ni integrado por completo a su lógica racional, secularizada y tecnificada.

III. Entre la Tradición y la Modernidad; la Modernización "a la Mexicana"

México, como centro del "Nuevo Mundo" no está exento de las tensiones de la modernización. Fossaert (1994) desarrolla los seis caminos de la modernización: la industrialización, el consumo como transformador social, la urbanización, la escolarización de masas, la comunicación de masas y la administración burocrática racional. El examen de lo más visible del proceso de modernización, da pie para un análisis de la cultura subjetiva, no captada a simple vista, de las identidades.

Las características de las naciones contemporáneas conceptualizadas como "identidades colectivas de un pueblo cuyo discursos

social común está moldeado a escala de un Estado y bajo la presión perseverante de éste, están sujetas a una doble relación: la que presiona por la modernización, y la que resiste a lo que la modernización capitalista puede tener de uniformador". En efecto, "la modernización capitalista se resiste a la inercia de un discurso social común, heredado de la historia y prendido a todo el tejido de las relaciones sociales existentes, de un discurso común que es la sustentación misma del vínculo social en un pueblo determinado, y que se hace explícito sobre todo mediante el juego de las identidades sociales en el seno de ese pueblo". (Fossaert, 1987, pp. 16-17).

De acuerdo con el autor, en México, *el proceso de modernización* incluido por el capitalismo que se abre paso desde el siglo XVIII y que, después de haber barrido los principales obstáculos económico-políticos, ese torrente va a acometer con fuerza creciente los "diques político-culturales que todavía lo contienen". Este proceso toma al menos seis caminos que siguen ritmos diferentes, abarcando áreas y sectores de población muy diversos: *La industrialización*, como transformación inicial, tiene lugar en el país desde inicios del siglo XIX, se abre camino franco en la Reforma y toma impulso en la época porfirista. Sin embargo, el periodo de industrialización más reciente, en la época del "milagro mexicano," permite hablar de un México industrial o "en vías de desarrollo" y finalmente, con la apertura económica iniciada en los ochenta y ampliada en los noventa (con la entrada al GATT y la firma del TLCAN), con una participación en el PIB de los sectores Industria y Servicio de cerca del 70 por ciento... habla ya de un país industrial, moderno.

La segunda vía de modernización es la ampliación del *consumo* hacia amplias zonas y estratos de población. Considerado como un transformador social, a partir de 1945 se inicia un consumo que desborda los productos campesinos, artesanales y domésticos, para dejarse invadir —y muy pronto sumergir— por los bienes y servicios industriales. "Mediante ese canal multiforme que se agrega a las necesidades tradicionales" —la gama virtualmente infinita de necesidades nuevas—, son los modos de vida los que se transforman a fondo, más allá de los hábitos y de vestimenta o de las comodidades de transporte y de las tradiciones del hábitat." (Fossaert, 1994, p. 11) A manera de efecto de "bola de nieve", los mexicanos descubrirán un mundo nuevo de consumo cultural, viajes, "placeres" ayer reservados sólo a las élites del dinero o de la cultura. "No hay

ningún pueblo que haya seguido ese camino sin haber sido primero desviado de su eje y después íntimamente transformado" (íbid.)

Este motivo hacia el consumismo industrial, moderno, viene acompañado por los efectos del tercer gran transformador que es la *urbanización*, que en el caso de México, como de Latinoamérica, presenta peculiaridades distintas a otras latitudes. Aunado a las grandes urbes modernas, de extensos boulevares y elevados rascacielos, encontramos los barrios populares y suburbios industriales, las zonas marginales de migrantes del campo, crecimiento sobredeterminado por el crecimiento demográfico incontenible en las estructuras rurales, y por la falta de planeación y ordenación del territorio. En el territorio nacional, encontramos cuatro grandes ciudades que concentran cerca del 40 por ciento de la población nacional, al lado de un sinnúmero de localidades pulverizadas y desarticuladas, incomunicadas y pobres. En México la modernidad urbana no alcanza a los cerca de 40 millones de habitantes de localidades rurales.

Un cuarto factor modernizador es la *escolarización de masas*; este cuarto transformador del mundo actual, en que Torres Bodet y sus sucesores se dedicaron a concretar el proyecto modernizador de la nueva nación mexicana. No obstante, la política educativa de escolarización masiva que excluye las culturas indias, que privilegia la "modernidad occidental y urbana", adolece de un esfuerzo cualitativo que se requiere para adaptar los niveles de educación media y superior a las necesidades del mundo actual. Se optó por la vía de la manifestación de la educación, y hoy se encuentra la encrucijada de un sistema educativo obsoleto, poco o nada ligado a la producción de conocimiento original y originario, que responda a las características peculiares del desarrollo capitalista en México, y que permita entrar en la carrera científico-tecnológica desde una perspectiva menos dependiente, menos derrotada. Sin embargo, es innegable el crecimiento del número de profesionales egresados de las universidades que hoy a fin de siglo son cerca del 10 de cada 100 niños que entraron a la primaria, pero que, en comparación con los años veinte y treinta, forman un sustrato importante sobre el cual se montan los procesos modernizadores anteriores.

Como quinto factor, *la comunicación*, centrada en el crecimiento de un sistema de medios de comunicación masiva, ha abarcado literalmente a toda la población mexicana, urbana o rural, cuando que todas las familias poseen al menos un radio y el 98 por ciento de ellas cuenta con un aparato televisor. Por supuesto que las nuevas

tecnologías de comunicación (videos, antena restringida, sistemas digitales, etc.) siguen siendo factores de "distinción" social. No obstante este progreso superficial de los medios de comunicación, de las redes telefónicas, oculta los retrasos relativos de la prensa, la edición y de las bibliotecas, así como el déficit de casi todos los medios de comunicación en lo que añade al enriquecimiento del debate y del espíritu crítico en la cultura popular (Fossaert, 1994, p. 13).

El sexto y último factor modernizador, señalado ya por Weber, se refiere a la *administración racional y burocrática*. Desde 1920 México ha ido conformando una administración racional relativamente eficiente, debidamente jerarquizada y operando de acuerdo con normas objetivas. No obstante, aquí cabría deshilar en forma más concreta el hecho de que el aparato del Estado mexicano se centra en el autoritarismo exacerbado del ejecutivo, frente al mínimo contrapeso de los poderes legislativo y judicial. Situación que se repite en los estados de la federación, que lejos de ser autónomos, dependen de las decisiones del poder central. A ello, habría que añadir la corrupción estructural presente en los actos de administración y de gobierno que hacen que en lugar de normas objetivas y racionales, se tienda a una administración pre-moderna, en que los servidores son reclutados con frecuencia mediante favoritismo o clientelismo y que se mueve gracias a sobornos más que a otra racionalidad, para reponder a las necesidades de la economía capitalista y del Estado. Si a ello añadimos la relación simbiótica entre ejecutivo y el partido del estado (PRI), que establece controles a través de sus organizaciones populares que tienen una presencia capilar y geográficamente amplia, uno puede preguntarse si el Estado mexicano es un estado moderno, en el sentido weberiano.

Sin entrar en análisis demasiado detallado, conviene señalar que hoy nos encontramos precisamente en un momento decisivo en el quiebre de esta estructura burocrático-estatal-autoritaria-centralizada, y que por primera vez en la historia se abre la posibilidad de una mayor participación y control ciudadano a través de una cierta democracia electoral. Que si bien no implica que se dé hoy en día una democracia real, dada la fragmentación social y económica de nuestro país, y la presencia de enormes grupos excluidos de la participación económica, política y cultural (Zermeño, 1996).

Lo anterior nos permite señalar que si bien en México han tenido lugar profundos procesos modernizadores, sobre todo a partir de la

consolidación del Estado posrevolucionario, estos procesos llevan diversos ritmos y abarcan diversos espacios y poblaciones. Es decir, la modernidad en México tiene peculiaridades idiosincráticas que retan todos aquellos “modelos” de desarrollo del capitalismo llevado a cabo en los hoy denominados países centrales.

“Al abarcar de una sola mirada las tendencias modernizadoras que acabamos de mencionar en esas seis rúbricas, no dejan de ser asombrosas la amplitud y la variedad de las urgencias que hay que normar, de los potenciales que hay que poner en marcha, pero también de los retrasos que hay que compensar y de las prioridades que hay de definir. Todavía por mucho tiempo, la modernización de México será una empresa titánica en la que el porvenir nacional se jugará en dos opciones políticas. [...]. Opciones cargadas de futuro y que difícilmente se podrán dilucidar en los discursos políticos de los años revolucionarios, que se puedan orientar con una simple imitación de las experiencias estadounidenses y europeo-occidentales o que se puedan asimilar a las necesidades de un ‘Tercer Mundo’ o de un ‘Sur’ indefinibles por igual.” (Fossaert, 1994, p. 15). Y continúa de manera concluyente, pero que permite retomar el hilo de nuestra discusión: “El futuro de México lo tendrá que determinar, así pues, el propio México, es decir, en últimas instancias, se determinará en las profundidades de la nación mexicana.” (íbid.). Es decir que el análisis de los macroprocesos pasa por alto lo que la cultura cotidiana, el mundo vivido tienen de propio. En el análisis de los procesos de modernización en México resulta necesario, entonces, detenerse a estudiar la especificidad de la sociedad desde una dimensión local, dar cuenta de una cultura determinada para observar la red de las relaciones sociales que subyacen bajo el enorme conjunto de las prácticas idiomáticas, alimentarias, de vestimenta, familiares, etc. Es entonces cuando la dimensión de la organización de la vida cotidiana toma sentido y pertinencia (Corbin, *et al.* 1992).

Otra dimensión del análisis de la modernidad implica, precisamente, el estudio de la nación mexicana urbano-industrial, que cristaliza bajo un Estado que pugna por unificar a sus pobladores en un pueblo lo más homogéneo posible por efecto de su administración, justicia e iglesia, así como por la acción de sus escuelas, ejército, el mercado nacional y los medios de comunicación de masas. Es la nación moderna “la identidad colectiva de un pueblo

cuyo discurso social común modelado a escala de un Estado y bajo la presión perseverante de éste.” (Fossaert, 1994, p. 18).

En México es innegable el proceso de conformación de la nación mexicana desde inicios del siglo XIX. Sin embargo, cabe distinguir que bajo esa pretendida identidad nacional, homogénea, amplia, coexisten identidades de menor envergadura, pero que pertenecen a regionalismos, etnias, localidades, clases sociales y grupos profesionales, pero mencionar sólo algunos, que pueden ser identificables y que contradicen precisamente el mismo discurso de la identidad y el proyecto estatal-nacional. Por ejemplo, al hablar de la economía de mercado y de los procesos de industrialización y urbanización que tienen lugar en México, no pueden ocultarse las regiones y la población tanto en el campo como en los suburbios y en la periferia urbana que se encuentran “excluidos”, por decirlo de alguna manera, del mercado y del proyecto modernizador de la nación.

Y es que, la nación mexicana no presenta todavía una homogeneidad social semejante a la de las “viejas naciones europeas.” La presencia misma de “bolsones” de miseria y sus islotes indígenas, las regiones “desconectadas” del mercado nacional y del mundo urbano, nos permiten corroborar esta afirmación.

La nación mexicana se encuentra hoy expuesta a todas las corrientes de la modernización que se resuelven en el plano del propio México, de sus relaciones con su aplastante vecino del norte y, por último, la de su inserción económica mundial. Y es en la dialéctica de estos tres planos como tiene pertinencia estudiar y analizar los elementos de las identidades de un México “roto” (Zermeño), ya que para resolver los retos de la modernidad “hacia afuera” se requiere de un refuerzo o un proceso de “profundización de la modernidad” hacia adentro.

El Juego de las Identidades Sociales en México

El proyecto modernizador salinista, que tiene lugar desde inicios de la década de los ochenta bajo un esquema neoliberal, se orienta a dar un nuevo impulso al desarrollo económico y tecnológico a partir de su inserción en el mercado mundial, con el supuesto de que todo el resto, es decir, la modernización política y cultural, se darían, si no simultáneamente, como consecuencia del primero (Giménez, 1994).

Existe una profunda paradoja en este esquema. El adelgazamiento del Estado y su reducida intervención social provocan que ya no desempeñe el papel integrado y promotor tan importante en los años cuarenta. Es decir, el Estado deja de jugar un papel relevante en la continuación del proceso modernizador, trasladando este trabajo al mercado. El levantamiento zapatista del 1º de enero de 1994 evidenció la presencia de un México tradicional, desintegrado del proyecto modernizador: Evidenciamos que “la multidimensionalidad mexicana es capaz de combinar el más alto desarrollo con la más extrema de las pobrezas”, o la coexistencia del “hombre de negocios, usuario de la comunicación satelital, con la indianidad”, lo que nos hace vivir una especie de *apartheid* aún inconsciente (Gómez, 1997).

No obstante, a nuestro juicio, lejos de ser éstos los rasgos de la “posmodernidad” mexicana, como afirma Luis E. Gómez, lo que muestran es precisamente los diferentes ritmos, la manera peculiar en que coexisten en México la modernidad y la tradición. Coincido con la hipótesis de Giddens (1994) de que lo que vivimos hoy es una exacerbación de algunos rasgos de la modernidad: la amplitud de las tecnologías de comunicación que permite poner en contacto simultáneamente áreas geográficamente distantes, poblaciones distintas, no es más que esto, un proyecto de mundialización moderna. La dispersión de los proyectos políticos, el surgimiento de nuevos actores sociales y de organizaciones no gubernamentales en la sociedad civil, alejados de los tradicionales partidos políticos o el “consagrado” movimiento obrero, es la “ciudadanización moderna” llevada al extremo de individuación. La posibilidad de “romper” el proceso productivo en diversos tiempos y espacios, permitiendo la reducción de los costos y el control cibernético de la información, la tecnificación y el mercado no son otra que la modernización no ya de los espacios nacionales, sino su inserción a escala mundial.

Pero detrás del término “globalización económica” o “economía-mundo”, encontramos una realidad diferenciada. Si bien es innegable la inserción de amplios sectores de la población mexicana a la dinámica económica internacional, ello oculta el hecho de que nuestra inserción se realiza de manera dependiente, subordinada. Además, la globalización económica y *massmediática* (McLuhan) no implica, de ninguna manera, un cambio cultural ni una “modernización” de las identidades tradicionales en México (Gendreau y Giménez, 1997).

Algunos conceptos y ejemplos para apoyar esta hipótesis de trabajo. La concepción lineal del proceso de modernización que presenta, por un lado, lo tradicional como la antítesis de lo moderno, y por otro, supone que la modernización de los grupos tradicionales sólo puede ser inducida “desde afuera y desde el centro”, no corresponde con la realidad mexicana. Desde la antropología cultural (Geertz) se ha criticado esta visión lineal y eurocéntrica del proceso modernizador, introduciendo la identidad y la cultura como variables cruciales frente a la importancia excesiva dadas las teorías clásicas en la tecnología y la economía como factores determinantes de la modernización.

Clifford Geertz (1996) plantea la posibilidad de reconciliar la tradición y la modernidad, y en contraste con la visión lineal y evolucionista de la modernización, su enfoque reconoce la dinámica, la multidireccionalidad y la incertidumbre de la transformación socio-cultural. Por su parte, Tuner plantea que

“el cambio social —la ‘modernización’— sólo puede conceptualizarse a partir de un determinado límite, de una ‘situación liminal’. Pues bien, dependiendo del grado de solidez cultural de un grupo o de una sociedad, las fases postliminales del cambio pueden variar entre el abandono de la tradición preliminar y su renovación regenerativa, entre la ‘reagregación’ y el ‘desmembramiento’.” (Giménez, 1994, p. 157).

Es así que, ante los procesos globalizadores y modernizadores de la economía, encontramos la posibilidad de la *reactivación de la identidad colectiva* “anclada en paradigmas tradicionales básicos” —proceso de re-agregación— o bien, en otro extremo, se puede dar la disolución de esa misma identidad por adopción de paradigmas culturales ajenos o por choques violentos con los mismos —procesos de des-membramiento— (Shinar, et al. 1987).

Algunos estudios llevados a cabo en Quebec, Canadá, así como en México (v.g., culturales juchiteca y yaqui) muestran la posibilidad de reactivación de identidades tradicionales ante los procesos modernizadores. “Es falso que la modernización que urbaniza, industrializa, escolariza, etc., cada vez más favorezca fatalmente la asimilación.” (Giménez, 1994.) En un estudio de campo realizado recientemente hemos encontrado que los migrantes campesinos que poseen una matriz identitaria tradicional —apego a la tierra, a los valores de la familia extensa, a las tradiciones, a una religiosidad popular— experimentan la migración hacia grandes ciudades norteamericanas (Nueva York y Los Ángeles, principalmente), al

retornar muestran claramente elementos de adaptación a la cultura moderna —elementos que corresponden a la cultura “objetivada”: vestimenta, uso de nuevas tecnologías de comunicación, etc.—, pero sin alterar su matriz identitaria tradicional —lo que se denomina como cultura “subjetividad” o profunda—. (Gendreau y Giménez, 1997).

Sin detenernos más en esta discusión, vale terminar con la siguiente cita:

“la modernización por aculturación o transculturación [contacto entre culturas, como podrían ser una urbana-moderna y otra rural-tradicional] no implica por sí misma una mutación de identidad, sino sólo su redefinición adaptativa. Incluso puede provocar la reactivación de la identidad mediante procesos de exaltación regenerativa (“procesos reintegrativos”). (Giménez, 1994, p. 174).

Si esto es válido para las identidades tradicionales en México (campesinas y étnicas), entonces podríamos afirmar, como conclusión, que el proceso de modernización en nuestro país, lejos de ser proceso homogeneizador e integrador, ha permitido la coexistencia, la “convivencia”, entre modernidad y tradición. Es más, la cultura tradicional ha adaptado (¿adoptado?) elementos modernos (medios de comunicación, aparatos electrónicos, etc.), pero dentro de una lógica, dentro de una matriz interpretativa tradicional. En una casa campesina encontramos sobre el moderno televisor o videocasetera, la imagen guadalupana, el sombrero, el metate. Lejos de tratarse de una “hibridación” cultural (García Canclini) afirmamos que se trata de la integración, bajo una lógica tradicional, de aspectos de la cultura objetiva de la modernidad. Pero los códigos de organización y de interpretación de la misma, continúan siendo tradicionales (Gendreau y Giménez, 1997).

Los resultados del reciente proceso electoral validan la dialéctica tradición/modernidad. Por un lado, como lo afirma Fernando Savater (1997) México ha entrado a la “modernidad democrática” dando un paso sin precedente en su historia, lo que no puede afirmarse para un elevado porcentaje de campesinos y comunidades rurales (Chiapas, Oaxaca, Guerrero y Puebla, por ejemplo) que continuaron bajo el viejo esquema de hacer política.

Por último, vale decir que, si México quiere continuar con su proyecto modernizador, debe tomar en consideración la presencia de estos méxicos sin destruirlos. Ésta es una propuesta valiosa del EZLN.

BIBLIOGRAFÍA

- BERNSTEIN, R. J. (1985) *Beyond Objectivism and Relativism*. Oxford: Blackwell.
- BOTTOMORE, T. y R. Nisbet (eds.) (1979) *A History of Sociological Analysis*. London: Hynemann.
- CORBIN, A., R.H. Guerrand et M., Perrot (1929) *Sociedad Burguesa: Aspectos concretos de la vida privada*. (Vol. VIII). España: Taurus.
- DUQUE, A. (1984) *El Suicidio de la Modernidad. Una Revisión Crítica de la Cultura Contemporánea*. Barcelona: Bruquera.
- FEATHERSTONE, M. (Ed.) (1994) *Cultura Theory and Cultura Change*. California: Sage.
- FEATHERSTONE, M. (1994) *Undoing Culture: Globalization, Postmodernism and Identity*. California: Sage.
- FEATHERSTONE, M.; S., Lash & R. Robertson (eds.) (1996) *Global Modernities*. California: Sage.
- FOSSAERT, R. (1994) "Modernización e identidades. México en el centro del Nuevo Mundo", en: Giménez, G. y R. Pozas (Coord.) *Modernización e Identidades Sociales*. México: UNAM-IFAL, pp. 1-34.
- FOUCAULT, M. (1989) *Arqueología del Saber*. Barcelona: Anthropos.
- FOUCAULT, M. (1992) *El Orden de las Cosas. Una Arqueología de las Ciencias Humanas*. Barcelona: Taurus.
- GEERTZ, C. (1996) *La Interpretación de las Culturas*. España: Gedisa.
- GENDREAU, M. y G. Giménez (1996) San Pedro Cuaucó: Between Popocatepetl and Brooklyn Migration and Media: Two ways of altering Regional Identity in Central México. 46 th Conference of the International Communication Association. Chicago, Ill. May 25th. 1996.
- GENDREAU, M. y G. Giménez (1997) A Central Community among Multiple Peripheral Communities. Economic and Cultural Globalization Effects on Traditional Rural Communities in Central México. 47th Conference of the International Communication Association. Montréal, Ca. May 23rd. 1997.
- GIDDENS, A. (1989) *Las Nuevas Reglas del Método Sociológico*. Buenos Aires: Amortortu.
- GIDDENS, A. (1994) *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid: Alianza Universidad.
- GIL VILLEGAS, F. (1997) El Fundamento Filosófico de la Teoría de la Modernidad en Simmel. *Estudios Sociológicos*. XV (43) pp. 3-46.
- GIMÉNEZ, G. (1994) "Comunidades Primordiales y Modernización en México". En: Giménez, G. y R. Pozas (Coord.) *Modernización e Identidades Sociales*. México: UNAM-IFAL pp. 149-183.

- GÓMEZ, Luis E. (1996) Algunos cuestionamientos a la teoría de la sociedad como objeto cibernético. Coloquio Anual del CEBTS. Mimeo.
- GÓMEZ, Luis E. (1997) Mutaciones Posmodernas y Mexicanidad. *Metapolítica I* (1) Enero-Marzo 1997, pp. 82-91.
- HABERMAS, J. (1994) *Teoría de la Acción Comunicativa*. (2 vols.) España: Taurus.
- LYOTARD, J. F. (1986) *La Condición Posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- LYOTARD, J. F. (1996) *La Posmodernidad (Explicada a los niños)*. España: Gedisa.
- MARDONES, J. M. (1996) *¿Hacia dónde va la religión? Postmodernidad y Postsecularización*. México: Universidad Iberoamericana-ITESO (Cuadernos de Fe y Cultura).
- MAY, T. (1996) *Situating Social Theory*. U.S.A. Open University Press.
- RODRÍGUEZ MAGDA, R. M. (1989) *La Sonrisa de Saturno. Hacia una Teoría Transmoderna*. Barcelona: Anthropos.
- WALLERSTEIN, I. (1996) *Después del Liberalismo*. México: Siglo XXI-CIICH UNAM.
- WEBER, M. (1979) *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo Moderno*. Madrid: Alianza Universidad.
- WEBER, M. (1993) *Ensayos sobre Metodología Sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.